

# Europa: una deriva liberal que prolonga la crisis, cuestiona los principios democráticos y banaliza el mal

«Haced que lo intolerable parezca imprescindible»

EL ROTO

*Las autoridades nacionales y europeas están llevando a cabo una gestión de la crisis que contribuye a agravar las debilidades de las economías europeas y que resulta contraproducente para reducir los niveles de déficit y de deuda, suponiendo que esto sea el objetivo realmente perseguido. La gestión de esta crisis parece más bien ir encaminada a imponer un nuevo modelo competitivo basado en una mayor restricción salarial y un desmantelamiento de los elementos centrales del acervo social europeo. Unas políticas económicas que banalizan y legitiman el mal, a la vez que erosionan los principios democráticos.*

Limitados por el espacio, obviaremos el análisis de la incongruencia económica asociada a las reglas de disciplina presupuestaria extrema y generalizada que quedan plasmadas en el «Tratado por la Estabilidad, Coordinación y Gobernanza». <sup>1</sup> Abordaremos, en primer lugar, las consecuencias acarreadas por la crisis definitiva de la relación salarial fordista y el creciente cuestionamiento de los pilares constitutivos del Estado del bienestar. En la actualidad, la crisis y la dinámica perversa deuda-déficit son reinterpretadas con el objetivo de imponer una política “austeritaria” que supone un cuestionamiento sin precedentes de los derechos laborales, salariales y sociales que se habían ido asentando desde la posguerra. De hecho, el ajuste fiscal privilegia un enfoque poco equilibrado. Concede la primacía al recorte del gasto y se

Francisco Rodríguez Ortiz  
profesor de Economía,  
Universidad de Deusto

<sup>1</sup> F. Rodríguez Ortiz, *Las máscaras de la crisis*, Los Libros de la Catarata, Madrid, noviembre 2012.

centra en el gasto social, con medidas que «no responden a un plan pensado y racional sino a impulsos movidos por un objetivo oculto de naturaleza ideológica: aprovechar la crisis financiera y sus efectos sobre el déficit público para reducir el Estado de bienestar».<sup>2</sup> En segundo lugar, analizaremos las razones por las cuales la política de devaluación salarial interna es contraproducente y prolonga la situación de crisis. Para finalizar, centraremos nuestra atención sobre lo que consideramos es el debilitamiento del propio sustrato democrático sobre el que se asentaban las sociedades europeas hasta el estallido de la crisis. Las autoridades europeas persiguen la quimera neoliberal de una «restricción presupuestaria expansiva» y la «despolitización» de la política económica bajo pretexto de impulsar un gobierno económico europeo. En realidad, no aluden a una federalización de la política económica que, recogiendo los intereses dispares de los diversos Estados miembros, creara unas redes y unos mecanismos de solidaridad fiscal o financiera, sino a la imposición de unas nuevas reglas de gobernanza restrictivas sancionadas por los mercados. La imposición de unas instituciones y agencias falsamente “independientes” tiene por objetivo reforzar el poder del capital financiero y mermar la capacidad de resistencia social. Así, por ejemplo, la independencia del BCE es utilizada como arma arrojadiza para, bajo amenaza de paro, doblegar aún más los salarios. El problema actual de Europa no reside en las transferencias voluntarias de competencias sino en el hecho de que las nuevas normas de gobernanza impiden la constitucionalización de un gobierno económico europeo dotado de legitimidad democrática. Por contra, granjearse la simpatía de los mercados financieros ha llevado a constitucionalizar la mal llamada «regla de oro del equilibrio presupuestario» que reduce a casi nada la capacidad de actuación contracíclica de la política presupuestaria.

---

### Las nuevas normas de gobernanza impiden la constitucionalización de un gobierno económico europeo dotado de legitimidad democrática

---

La gobernanza económica europea se reduce a ser una «germanización del proyecto europeo»<sup>3</sup> o, peor aún, una europeización de la política conservadora alemana. Cómo subraya Beck, «¿qué significa, pues la “Europa alemana”? La presunta necesidad de ahorro dictada por Alemania equivale a un abandono bajo mano de la norma de participación igualitaria y su progresiva sustitución por formas de dependencia jerárquica».<sup>4</sup>

Las economías periféricas de la eurozona viven ahora bajo un régimen de democracia política y social recortada y tutelada. Un creciente intergubernamentalismo asimétrico, en el que

---

<sup>2</sup> A. Costas, «La política de recortes y el debate sobre el crecimiento. La situación en España», *Gaceta Sindical: Reflexión y Debate*, n.º 19, Madrid, diciembre 2012, p. 21.

<sup>3</sup> U. Beck, *Una Europa alemana*, Paidós, Barcelona, 2012.

<sup>4</sup> U. Beck, *id.*, p.78.

por primera vez un país ejerce en solitario la hegemonía, lleva a que se impongan en Europa unas políticas de marcado carácter liberal que agrava la crisis y las fracturas sociales.

## **Crisis de la relación salarial fordista, financiarización de la economía y endeudamiento privado**

Esta crisis es estructural al expresar el agotamiento de un régimen de acumulación insostenible. La crisis financiera ha evidenciado la fragilidad del modelo de acumulación pre crisis. Los gobernantes, con independencia de sus supuestos anclajes ideológicos, apelan desde los años ochenta del siglo XX a las nuevas restricciones que derivarían de la globalización, cuyo componente financiero es determinante, y que socavan las bases de la relación salarial fordista, expresión de lo que fue el poder ascendente de la clase trabajadora.<sup>5</sup> A partir de la segunda mitad de los años ochenta del siglo pasado, los salarios reales dejaron de participar en el reparto de las ganancias de productividad y la creciente moderación salarial tendía a ser compensada mediante el acceso facilitado al crédito de los agentes económicos privados. Ello se vería propiciado entre 2001 y 2007 por un entorno de bajos tipos de interés. Así pues, la deuda privada, mucho más que la pública muy encauzada antes del estallido de la crisis financiera y de su deriva económica, ha detentado un papel central en el desarrollo de la crisis actual y la deuda bancaria ha adquirido un peso preponderante:

«Desde 1999 hasta 2007, cuando estalló la crisis financiera, las familias de la eurozona aumentaron su grado de endeudamiento desde alrededor del 50% del PIB hasta el 70%. El crecimiento de la deuda bancaria en la eurozona fue aún más espectacular, y llegó a superar el 250% del PIB en 2007. Sorprendentemente, el único sector que no experimentó un aumento de su nivel de deuda durante ese periodo fue el sector público, que vio reducirse su deuda desde el 72% hasta el 68% del PIB. Irlanda y España, que hoy son dos de los países con los problemas más graves de deuda gubernamental, experimentaron las reducciones más drásticas en sus proporciones de deuda gubernamental antes de la crisis. También son estos los países con mayor acumulación de deuda privada».<sup>6</sup>

A partir de finales de los noventa, con mayor o menor intensidad según los países centrales, el mantenimiento del nivel de vida de franjas importantes de la población ya no se apoyaba en la mejora de los salarios reales sino que estaba supeditado al acceso a una financiación barata y generosa que produjo un efecto riqueza tanto más pronunciado cuanto que subía el valor de los activos adquiridos. Ello favoreció que las familias elevaran sus inversiones y consumo muy por encima de sus ingresos reales y suscitó una nueva dinámi-

<sup>5</sup> I. Sotelo, *El Estado Social*, Trotta, Madrid, 2010, p. 275.

<sup>6</sup> P. de Grauwe, «Fundamentalistas del déficit», *El País*, Madrid, 18 de septiembre de 2011.

ca de endeudamiento.<sup>7</sup> Así pues, de forma contradictoria, debido al efecto riqueza, *el consumo de los hogares pueda verse impulsado por una progresión continua de los beneficios empresariales*. El modelo de acumulación que ahora está en crisis ya no descansa de forma prioritaria en la modernización simultánea de la producción y de sus instituciones sociales como bajo el reinado del modelo fordista. Se produce un debilitamiento de los controles políticos y sociales sobre la economía<sup>8</sup> y esta manifiesta ahora una escasa sensibilidad hacia las crecientes desigualdades sociales. Precisamente, J.-L. Gaffard y F. Sarraceno sitúan el punto de arranque del endeudamiento y de la crisis financiera y económica en el incremento de dichas desigualdades:

«La exigencia de rentabilidad del capital sin relación con la tasa de crecimiento efectiva solo puede acarrear una redistribución en detrimento de los hogares más pobres, cuyas rentas provienen únicamente, o casi, del trabajo. Esta redistribución tiene efectos negativos sobre la demanda agregada que sólo puede ser sostenida mediante el juego combinado de un endeudamiento creciente de estos hogares e importaciones masivas de productos con bajo precio provenientes de los países emergentes. El carácter difícilmente sostenible de este crecimiento sólo podría desembocar en una crisis financiera de tamaño mayor, teniendo en cuenta la naturaleza de los mecanismos creados para alcanzar los objetivos de rentabilidad financiera».<sup>9</sup>

En el mismo sentido, M. Aglietta y S. Rigot apuntan:

«La desconexión entre los aumentos de los salarios reales y las ganancias de productividad, proveniente de una gobernanza de las empresas totalmente volcada hacia una maximización del rendimiento de las acciones, ha provocado un estancamiento o una progresión muy lenta de la mayor parte de las rentas salariales. Correlativamente, ha enriquecido, más allá de lo razonable, una élite financiera que se ha adueñado del poder en las empresas y en las finanzas amparándose en el valor accionarial. Ha derivado de ello que la progresión de las rentas salariales era incapaz de apoyar el crecimiento requerido por los accionistas. La progresión desmedida del endeudamiento era la única manera disponible para desconectar el crecimiento del consumo del de los salarios reales. Los créditos *subprimes* han sido la punta extrema de un proceso, llevado más allá de lo razonable, de financiación a crédito del sobreconsumo».<sup>10</sup>

Además, causa y efecto del poder creciente adquirido por las finanzas, los accionistas institucionales han ido adquiriendo un peso preponderante y han exigido una rentabilidad sobre recursos propios desconocida hasta entonces y desconectada de la tasa de creci-

---

<sup>7</sup> P. Artus, *Les incendiaires*, Perrin, París, 2007.

<sup>8</sup> J.-P. Fitoussi, *La democracia y el mercado*, Paidós, Barcelona, 2004, p. 48.

<sup>9</sup> J.-L. Gaffard, F. Sarraceno, «Redistribution des revenus et instabilité. À la recherche des causes réelles de la crise financière», *Revue de l'OFCE*, núm. 110, julio 2009, París, p. 76.

<sup>10</sup> M. Aglietta, S. Rigot, *Crise et rénovation de la finance*, Odile Jacob, París, marzo 2009, p. 342.

miento efectiva. El modelo de acumulación pre-crisis, cuyo éxito se ha medido en términos de *creación de valor para el accionista*, ha añadido pues un elemento de restricción sobre los salarios reales,<sup>11</sup> lo que abre las puertas a la posibilidad de una crisis económica de sobreproducción y de rentabilidad al alejar aún más la evolución de los salarios reales de la de la productividad. Otra consecuencia de estos cambios va a ser también que las ratios deuda total/PIB (sector público y privado) van a tender a deteriorarse de forma sensible. Lo que acrecentará el poder de las finanzas:

«La economía no necesitaba deuda para crecer regularmente puesto que unas reglas colectivas garantizaban una progresión regular de los salarios y un reparto equitativo entre asalariados y accionistas. Este “compromiso fordista” ha permitido a Estados Unidos tener treinta años de prosperidad. Sin deuda, ni deuda privada ni deuda pública».<sup>12</sup>

Lógicamente, la necesidad de intervención pública para evitar una crisis sistémica, incluyendo los diversos planes de salvamento de los sistemas financieros, no han hecho sino desestabilizar aún más las finanzas públicas. Al ser considerada la estabilidad financiera como un bien público, el Estado asume el papel de asegurador de última instancia y las dependencias forjadas entre bancos y sector público actúan como un peligroso amplificador de la crisis.<sup>13</sup> Dichos planes van a inducir mayores recortes salariales y sociales.

Para P. Dockès,<sup>14</sup> que insiste en que la crisis es estructural al producirse un cambio en el régimen de acumulación, no es posible imaginar un retorno al anterior modelo de crecimiento. Por una parte, el sobreendeudamiento de los varios agentes privados resulta insostenible y ahora toca desendeudarse. Por otra parte, el capital y los gobernantes persiguen una salida competitiva de la crisis que pasa por un deterioro aun mayor de las condiciones salariales y laborales. Sin embargo, esta estrategia basada en la llamada devaluación salarial interna, que radicaliza y culmina la desindexación salarial iniciada en los ochenta, resulta más que problemática. Traba el proceso de desendeudamiento privado y contribuye a mantener la economía en situación de profunda atonía. Tanto más cuanto que condiciona negativamente el restablecimiento del balance de las entidades financieras y eso suponiendo que no se produzca un nuevo deterioro del empleo que eleve el nivel de mora. Además, si bien la deflación salarial se impone en primer lugar en los países más dañados por la crisis, al ser la zona euro un espacio comercial integrado de tipos de cambio fijos, se transmite a los demás países. Esta política unida con el paro masivo y la imposibilidad de que la política monetaria atenúe los efectos contractivos asociados a la restricción presupuestaria

<sup>11</sup> M. Aglietta, L. Berrebi, *Désordres dans le capitalisme mondial*, Odile Jacob, París, 2007, p. 131.

<sup>12</sup> P. Larrourou, *C'est plus grave que ce qu'on vous dit... mais on peut s'en sortir!*, Nova Editions, París, 2012, p. 32.

<sup>13</sup> J. Pisani-Ferry, *Le réveil des démons: la crise de l'euro et comment nous en sortir*, Fayard, París, 2011, p. 91.

<sup>14</sup> P. Dockès, «Croissance: adaptation ou rupture?» en P. Dockès, J.-H. Lorenzi (dir.), *Fin de monde ou sortie de crise?*, Perrin, París, 2009, p. 56.

y fiscal, al estar los tipos de intervención en unos niveles históricamente bajos y no poder ser los tipos nominales negativos, contribuye a que los multiplicadores sean mucho más elevados de lo que se había estimado para una situación “normal”.<sup>15</sup> Los nuevos multiplicadores barajados por el FMI señalan que cada reducción del gasto público lleva a un deterioro de la situación económica que hace que la deuda, en lugar de bajar, aumente. Ello prolonga la situación de crisis y desata nuevas pulsiones antisociales irracionales desde el punto de vista de su lógica económica.

## Crisis de la deuda: crisis del Estado de bienestar y necesidad de un nuevo pacto keynesiano

Ya en 1956, Jean Duret, director del Centre d'Études Économiques de la CGT denunciaba el carácter potencialmente regresivo desde el punto de vista social de una integración presentada como proyecto de paz. Adelantándose al discurso actual referido a las restricciones competitivas derivadas de la globalización, atisbaba que la moderación salarial iba a ser un eje central de la estrategia competitiva: «Se invocarán las duras leyes de la competencia internacional para demostrar que un nivel elevado de empleo solo podrá ser alcanzado si los trabajadores se muestran “razonables”».<sup>16</sup>

Pero no solo los salarios pierden peso en el reparto de la renta, sin que se detecte un aumento del empleo, sino que el desgaste del modelo keynesiano que acompaña la globalización liberal lleva también a una reducción del Estado del bienestar. Como apunta I. Sotelo: «El éxito que ha tenido el concepto de globalización tiene que ver con los altos contenidos ideológicos al servicio de una sola causa: justificar el desmontaje del Estado del bienestar y reducir al mínimo el Estado social».<sup>17</sup> Competir con países en los que se ha impuesto un régimen de desregulación, de impuestos bajos y de reducción del Estado de bienestar lleva a las economías sociales de mercado a recortar los componentes centrales del Estado del bienestar. Para J. F. Martín Seco, «la Unión Europea y Monetaria es el proyecto más claro de insurrección del capital frente al Estado social».<sup>18</sup> Las respuestas aportadas a la crisis en Europa no hacen sino profundizar en la desregulación del mercado del trabajo, la desprotección creciente de los asalariados y la merma de las políticas sociales. La crisis de la deuda soberana va a ser utilizada como coartada por los gobernantes para imponer un control estricto sobre las finanzas públicas mediante recortes radicales de gastos sociales.<sup>19</sup>

<sup>15</sup> X. Timbeau (dir.), « Le commencement de la déflation. Perspectives 2013-2014 pour l'économie mondiale », *Revue de l'OFCE*, núm. 129, Presses de Sciences-Po, París, abril 2013.

<sup>16</sup> F. Denord, A. Schwartz, *L'Europe sociale n'aura pas lieu*, Raisons d'agir, París 2009, p. 65.

<sup>17</sup> I. Sotelo, *El Estado Social*, Trotta, Madrid, 2010, p. 310.

<sup>18</sup> J. F. Martín Seco, *Contra el euro: historia de una ratonera*, Península, Barcelona, 2013, p. 43.

<sup>19</sup> H. Sterdyniak, «Crisis de la zona euro: es urgente cambiar Europa» en *Economistas aterrados: Europa al borde del abismo*, Editorial Pasos Perdidos, Madrid, 2012, p. 63.

En relación a esta última tendencia, Habermas alude a los fenómenos conjuntos de globalización y poder ascendente de los mercados respecto de los Estados para explicar las consecuencias del nuevo rumbo tomado por la acumulación del capital: creciente incertidumbre e inestabilidad económica, creciente concentración de la renta, por no hablar de la riqueza y del patrimonio, crisis de los ejes vertebradores de la política social y un empobrecimiento creciente de amplias capas de la sociedad.<sup>20</sup>

Las implicaciones del proceso es que se procede a establecer una relación de causa-efecto cuestionable entre eficiencia económica y protección social. Los Estados europeos que adolecen más de dinamismo económico y que más padecen los efectos negativos que derivan del sobreendeudamiento privado son aquellos cuyos gastos en materia de política social absorbe una parte menor de su riqueza. Se ha producido un vuelco irreversible en la filosofía que ha sustentado el proyecto europeo. La integración ha dejado de ser percibida como un factor de crecimiento y de progreso social. Se utiliza como coartada para unos ajustes socioeconómicos regresivos. La actual crisis fiscal del Estado –que deriva en primer lugar de los recortes de impuestos en la fase pre-crisis y, en segundo lugar, de la posterior política equivocada de consolidación presupuestaria generalizada–, ha sesgado contra el crecimiento y ha disparado los niveles de déficit y de deuda. A partir de ahí pasaron a ser presentados como ineludibles los duros recortes de las políticas sociales, más acuciantes en los países en los que el Estado del bienestar estaba relativamente menos asentado. Según I. Ramonet, las “sádicas” políticas de austeridad extrema tenderían a ser mantenidas en lo sustancial, pese a su estrepitoso fracaso, porque se han erigido en la columna vertebral de una estrategia destinada a desbaratar el Estado del bienestar:

«El capitalismo se ha puesto de nuevo en marcha y se ha lanzado a la ofensiva con un objetivo claro: acabar con los programas sociales del Estado de bienestar implementados después del final de la Segunda Guerra Mundial y de los que Europa es el último santuario».<sup>21</sup>

La gestión de la crisis por parte de los Gobiernos y autoridades europeas ha hecho tabla rasa del anterior contrato social que se había erigido en una pieza central del entramado democrático en la Europa de la posguerra. Al ocultarse tras la crisis europea una crisis keynesiana de insuficiencia de la demanda, salir de la crisis y dar continuidad al crecimiento pasaría por retornar al pacto keynesiano de rentas:

«En el contexto actual en el que existe obviamente un problema de demanda global, oigo cada vez más que habría que sostener la oferta, ¡pero la oferta no es el problema! Las capacidades de

<sup>20</sup> J. Habermas, «Hoy, más que nunca, Europa es un proyecto constitucional», *Política Exterior*, Madrid, núm. 150, noviembre-diciembre, 2012, p. 23.

<sup>21</sup> I. Ramonet, «Sadismo económico», *Le Monde Diplomatique en español*, Madrid, julio 2012.

producción existentes en el mundo pueden mantener la tasa de crecimiento que teníamos antes de la crisis. Si dicha tasa de crecimiento se ha derrumbado, ello se debe simplemente a que existe un problema de demanda».<sup>22</sup>

Retornar a la lógica del pacto keynesiano de rentas resulta poco factible vista la lógica de los ajustes imperantes en Europa. Sin embargo, es un error perseguir una salida a esta crisis impulsando unas reformas liberales de los mercados, llamadas reformas estructurales, que solo persiguen elevar la rentabilidad potencial del capital en los procesos productivos. Las políticas de oferta que sesgan contra los salarios y las prestaciones sociales impiden un comportamiento más dinámico de la demanda solvente y traban el esfuerzo de desendeudamiento al elevar el peso real de la deuda respecto de unos ingresos menguados. Cualquier contracción de los salarios nominales conlleva un incremento del peso real de la deuda de los hogares y de las empresas. Traba el desapalancamiento financiero, prolonga la situación de crisis y retrasa el saneamiento de las finanzas públicas. Keynes ya analizó que ni los hogares tienden a consumir más ni los empresarios tienden a invertir más por mucho que bajen los tipos de interés si se hallan en situación de sobreendeudamiento. En la actualidad, el problema fundamental no reside tanto en la liquidez como en el deterioro del balance de los diversos agentes privados. La demanda se ve afectada tanto más negativamente cuanto que el paro es masivo, que se han depreciado sustancialmente los activos adquiridos con el endeudamiento y que perdura una fuerte restricción crediticia proveniente de la necesidad de recapitalización de las entidades financieras debido a los excesos cometidos en la fase de expansión del *endeudamiento privado*. Asimismo, ¿podrán salir simultáneamente todas las economías de la crisis exportando con costes salariales bajos? ¿En dónde se halla el poder de compra suficiente si todas las economías centrales persiguen el objetivo de retornar al crecimiento mediante la mejora de sus exportaciones y sacrificando su demanda interna? Para Keynes, que atiende al circuito económico global, una reducción de los salarios, que contribuye a rebajar los costes de producción e incide potencialmente de forma positiva en la rentabilidad, puede no obstante trabar el retorno al equilibrio en el mercado de trabajo si reduce el volumen de la demanda solvente. Incluso, aunque los salarios se hallaran en un nivel teórico de equilibrio podría existir paro debido, por ejemplo, a fallos en los mercados financieros.<sup>23</sup> Así, si los tipos de interés son demasiado elevados o si prevalece una fuerte restricción de liquidez, el consumo de los hogares se colocaría por debajo de lo deseado e influiría en la capacidad de inversión de las empresas.

El recorrido de la estrategia competitiva europea es corto. No solo resulta contraproducente para reencontrarse con la cohesión social, objetivo que no es el perseguido, sino

---

<sup>22</sup> J.-P. Fitoussi, «L'Europe a un problème politique, pas économique», *Alternatives Économiques*, Hors-série, 2.º trimestre, París, 2011, pp. 10-11.

<sup>23</sup> J.-P. Fitoussi, *Le théorème du lampadaire*, Les Liens qui Libèrent, París, 2013, pp. 33-35.



incluso para que retorne cierto dinamismo económico a Europa y pueda cerrar el *gap* creciente de crecimiento que la separa de los polos de acumulación más dinámicos a nivel mundial. El estancamiento de los salarios ha sido un desencadenante de la crisis financiera y económica. En la actualidad, presentado como respuesta a la misma, actúa como un elemento de debilitamiento de la recuperación en Europa.<sup>24</sup>

---

El rumbo tomado por la política económica europea supone una banalización y legitimación del mal ¿Se puede realmente medir los daños sociales provocados?

---

## La gestión de la crisis cuestiona los principios democráticos

El proyecto de moneda única ha impuesto la “independencia” de la política monetaria. Va referida a la estabilidad de los precios y es utilizada para endurecer el sesgo de la política monetaria cuando se considera que la política salarial no es suficientemente prudente. Ahora toca despolitizar la política presupuestaria. Su eficiencia técnica requeriría que se colocase al margen de los debates políticos y preferencias sociales. Así, las nuevas normas de gobernanza económica que se asientan en Europa refuerzan las instituciones *a-democráticas* e institucionalizan los elementos básicos del pensamiento liberal: la economía quedaría exenta de cualquier control político democrático. Como señala J. F. Martín Seco, «lo cierto es que la independencia casi nunca existe, y cuando a una institución se la libera del poder democrático y del control de los ciudadanos, termina dependiendo de otros intereses y poderes mucho más bastardos».<sup>25</sup>

Jacques Sapir señala que la sacralización de la regla de equilibrio presupuestario es una idea antidemocrática puesto que las reglas, y las reglas presupuestarias son el parangón de ello, constituyen uno de los pilares básicos de la legitimidad democrática de los Gobiernos.<sup>26</sup> Europa ha constitucionalizado los principios liberales de una política económica liberada del control político democrático sin entronizar una soberanía europea. La limitación del espacio de las elecciones a escala nacional no resultaría problemática si los electores gozaran de poder suficiente para influir en la elaboración de las reglas del juego consensuadas y simétricas a nivel europeo entre acreedores y deudores.

---

<sup>24</sup> P. Boccara, *La crise systémique Europe et monde: quelles réponses?*, Le Temps des Cerises, París, 2011, p. 64.

<sup>25</sup> J. F. Martín Seco, *Contra el euro: historia de una ratonera*, Península, Barcelona, 2013, p. 31.

<sup>26</sup> J. Sapir, *Faut-il sortir de l'euro?*, Seuil, París, 2012, p. 120.

Como señala J.-P. Fitoussi:

«Cuando las democracias nacionales aceptan atarse las manos para permitir a la cosa pública devenir europea, pero que la cosa pública a escala de Europa no está gobernada según los principios de la democracia, existe un déficit democrático tanto en el seno de las naciones como en el de la Unión».<sup>27</sup>

«Al privilegiar un modo de integración tendente a encerrar las prerrogativas de los Estados en unas normas cada vez más restrictivas y coercitivas, la Unión Europea ha vaciado poco a poco de contenido a la soberanía nacional sin por ello impulsar una soberanía europea. Así pues, el gobierno de Europa es mucho más un gobierno mediante las reglas que un gobierno mediante las elecciones (*choix*)».<sup>28</sup>

Ignacio Ramonet<sup>29</sup> apunta que Angela Merkel acuñó en septiembre de 2011 el concepto esclarecedor de *marktconformedemokratie* (democracia en conformidad con el mercado) que recorta la base de la soberanía nacional y la somete a los criterios dominantes del mercado. Según I. Ramonet, lo definió de la siguiente manera:

«La elaboración del presupuesto del Estado es una prerrogativa fundamental del Parlamento, pero hay que hallar vías para que ese requisito democrático esté en conformidad con el mercado».

La sociedad pasa a estar gobernada por los mercados, con peso creciente del componente financiero del capital. El mismo autor formula una reflexión ciertamente inquietante: «Hoy podríamos decir que en la Europa “*austeritaria*” de Angela Merkel, los gobiernos se están convirtiendo en los consejos de administración de los mercados. ¿Hasta cuándo?».<sup>30</sup>

El Presidente del BCE apoyaba la iniciativa alemana de que Bruselas pudiese intervenir los presupuestos nacionales. Declaraba en una entrevista concedida al semanario alemán *Der Spiegel*<sup>31</sup>: «Estoy totalmente a favor. Los gobiernos harían bien en considerarla seriamente... Creo firmemente que, para restaurar la confianza en la Eurozona, los países deben transferir parte de su soberanía al nivel europeo... Muchos gobiernos todavía deben darse cuenta de que perdieron su soberanía nacional hace mucho tiempo. Debido a que en el pasado han permitido que su deuda se acumule, ahora dependen de la buena voluntad de los mercados financieros». No se podía ser más claro.

---

<sup>27</sup> J.-P. Fitoussi, *Le théorème du lampadaire*, Les Liens qui Libèrent, París, 2013, p. 125.

<sup>28</sup> J.-P. Fitoussi, *ibidem*, p. 126.

<sup>29</sup> I. Ramonet, «Nuevos protectorados», *Le Monde Diplomatique en español*, Madrid, marzo 2012.

<sup>30</sup> I. Ramonet, «Nuevos protectorados», *Le Monde Diplomatique en español*, Madrid, marzo 2012.

<sup>31</sup> 29-10-2012.

Dani Rodrik<sup>32</sup> se refiere al «trilema político fundamental de la economía mundial». Ampliar el campo de la globalización abocaría a las sociedades a tener que renunciar a parte de su autonomía nacional y a limitar o sacrificar las expresiones democráticas que subyacen a las grandes decisiones económicas. En un texto más reciente, de título evocador,<sup>33</sup> defiende que la hiperglobalización es susceptible de dañar la democracia y solo el Estado nacional tendría la fuerza suficiente para salvarla cuando las restricciones que derivan de la globalización entran en contradicción con las preferencias ciudadanas. A no ser que existieran instituciones internacionales suficientemente estructuradas como para gobernar la economía mundial, o por lo menos sus bloques regionales, así como para regular a los mercados. Llevando la reflexión de Rodrik a la realidad europea, podríamos referirnos al trilema político fundamental de la economía europea: imposibilidad de compatibilizar democracia, autonomía del Estado-nación y profundización de la integración europea visto el sesgo restrictivo y socialmente excluyente sobre el que se asientan los nuevos principios de la gobernanza económica europea.

De hecho, consciente de los propios límites del proceso de integración europea no le queda otra a Rodrik que reconocer que «si no podemos tener unas instituciones transnacionales poderosas, no podemos establecer las normas necesarias para sustentar unos mercados verdaderamente mundiales... La zona euro se enfrenta a estos mismos dilemas, en una forma todavía más acentuada. Dicho de manera sencilla, la decisión a la que debe hacer frente la Unión Europea es la de *optar entre unión política o menos unión económica*. Si los dirigentes de la zona euro no están dispuestos a convencer a sus electores de que compartan una comunidad política y un futuro común, o no son capaces de hacerlo, tendrán que renunciar a la moneda común (al menos, algunos de sus miembros). La única alternativa es debilitar la democracia, que es el mayor logro histórico de la región».<sup>34</sup>

## Conclusiones

La crisis financiera señala ante todo los límites del anterior régimen de acumulación basado en una restricción salarial compensada por el abultado endeudamiento privado. Paradójicamente, la opción preferida para salir de la crisis es la de imponer una aún mayor restricción salarial, lo que lastra el necesario desapalancamiento privado. Se trata de una incongruencia. Pero, en realidad la crisis está siendo utilizada como coartada para impulsar las llamadas reformas estructurales que encarnan un retroceso social sin precedentes. El cre-

<sup>32</sup> D. Rodrik, *La paradoja de la globalización*, Antoni Bosch, Barcelona, 2012, p. 20.

<sup>33</sup> D. Rodrik, «Salvar la democracia de los riesgos de la globalización», *Política Exterior*, Madrid, nº 150, noviembre-diciembre 2012.

<sup>34</sup> D. Rodrik, *ibidem*, p. 46.

cimiento de las desigualdades, que se intensifica en Europa, no es fruto de la casualidad. Deriva de una concepción particular de la “virtud económica” que coloca en el corazón de las políticas públicas a la competencia fiscal y social. Incluso Bergsten, autor tradicionalmente vinculado al poder y poco sospechoso de ser eurocrítico, ha reconocido que las políticas de austeridad extrema no solo persiguen poner fin al déficit. Puede ser incluso que ello no sea ni siquiera su objetivo principal. La crisis crea las condiciones para socializar el miedo:

«De hecho, ni Alemania ni el BCE tienen intención de poner fin a la crisis con rapidez. Su objetivo es, más bien, servirse de la crisis para realizar las reformas económicas adicionales necesarias para crear una economía europea fuerte a largo plazo. Esto ayuda a explicar la razón por la cual las autoridades de la zona euro no han creado un cortafuegos financiero tan importante como el que reclamaban los mercados».<sup>35</sup>

Extrapolando el pensamiento de Hannah Arendt, el rumbo tomado por la política económica europea supone una banalización y legitimación del mal. ¿Se pueden realmente medir los daños sociales provocados por estas políticas liberales que atienden ante todo a los intereses de los acreedores nacionales e internacionales? Asimismo, la construcción europea restringe el campo de elección nacional, sin que emerja un poder político democrático de tipo supranacional. Las nuevas reglas de la “buena gobernanza” europea conllevan una reducción del papel del Estado como regulador de la economía y el asentamiento de instituciones *a-democráticas*. Y, por si fuera poco, el diseño equivocado de las políticas de ajuste banaliza el mal de la recesión económica.

---

<sup>35</sup> F. Bergsten, «Por qué el euro sobrevivirá», *Política Exterior*, núm. 150, Madrid, noviembre-diciembre 2012, p. 112.